

Agradecimiento Medalla.

30. oct. 86

*Modesto Collados Núñez
atle*

J. P. Alessandri 707
Santiago de Chile

Asisto con profunda emoción y gratitud a un acto en que, al celebrar 35 años de su fecunda existencia, la Cámara Chilena de la Construcción ha querido testimoniar a uno de los suyos el reconocimiento por una labor de muchos años. El galardón que expresa este reconocimiento se otorga a quienes, además de haber ejercido rectamente su profesión y servido lealmente a su gremio, han trascendido en su acción al campo de la actividad pública, entregando al país el fruto de sus conocimientos y su esfuerzo. En la asignación de esta medalla, la prestigiosa Institución que en este momento me honra, ha sido muy avara, y sólo me han precedido dos eminentes ciudadanos. Dice André Maurois, refiriéndose a Isabel I de Inglaterra que " la avaricia, que en los súbditos es un defecto, en los Príncipes es una virtud ". Habría que decir que mi respetada Institución, actúa una vez más con la dignidad de un príncipe.

Hace más de treinta años ingresé a la Cámara de la Construcción, en mi calidad de empresario, y comencé de inmediato a colaborar en la Comisión de Estadísticas, disciplina que en aquellos años, como todos saben, estaba en un proceso de naciente desarrollo. Mi primera acción pública fué, en consecuencia, de índole técnica. Igual carácter fundamental han tenido, posteriormente, todas mis actuaciones en las labores gremiales y en las de gobierno. Mi respeto por la técnica, por el ejercicio serio, prudente y responsa-

ble de sus diversas ramas, aplicado en beneficio de la sociedad, hacen que la considere entre los valores fundamentales de la cultura. Es la técnica la que nos da, a través del trabajo, la dignidad de ocupar, cada uno en su oficio, un lugar necesario y merecido en el seno de la comunidad. A partir de esta labor inicial, alterné mis labores, al interior de la Cámara, entre los temas gremiales y los técnicos colaborando en comités, comisiones, programas habitacionales y programas de obras públicas, habiendo llegado a presidir en dos ocasiones diferentes y durante tres períodos, esta importante institución. La colaboración unánime y generosa que recibí de tantos y tantos ciudadanos de excepción, que son los socios de esta Cámara, me permitió agregar mi labor a la de otros dirigentes, la que ha llevado, señor Presidente, a la honrosa posición que hoy tiene en la vida nacional.

He mencionado la importancia que en mi vida ha tenido la Técnica. Quisiera también referirme a otro valor fundamental que ha guiado mi existencia, me refiero a la Lógica, y a su aplicación más conocida, la Ciencia. Con ellas me relacioné a través de estudio y de la enseñanza, especialmente en la Universitaria. El estudio y la enseñanza, alternados, corrigiendo el uno a la otra, y vice versa, me llevaron a la convicción de que parte importante de los errores que cometemos como país, nacen del menoscabo por los valores de la Lógica. He tratado de que ésta, que a fines del siglo XX es una disciplina bien definida y altamente eficiente, dirija y condicione las actuaciones de mi vida profesional y pública.

La obra que realicé, tanto en el campo gremial como en el universitario, llevaron a la autoridad a pedir mi colaboración en altas tareas de gobierno. Es así como serví las carteras de Obras Públicas y de Vivienda y Urbanismo, en el período del Presidente Frei, y, posteriormente, las de Vivienda y Economía, en el período del actual mandatario, General don Augusto Pinochet Ugarte. Debo a ambos Presidentes la más profunda gratitud por la oportunidad que me dieron de servir a mi país y por la confianza, la deferencia y el afecto con que me honraron.

He hecho referencia a dos valores esenciales que se fueron encarnando en mi espíritu a lo largo de esta vida de trabajo que hoy se reconoce. Ellos son la Técnica y la Lógica. Debo agregar otro valor más importante que los anteriores, que en cierto modo los reúne y los regula; me refiero a la Ética. Sin ella, toda acción humana pierde sentido; la vida se torna vacía; el pensamiento, opaco; el sentimiento, estéril. Los valores morales: el honor, la caridad, la dignidad, la rectitud, la equidad, deben pesar sobre nuestros actos de tal manera que primen, si fuese necesario elegir, sobre los demás valores de la cultura humana.

Los más grandes filósofos han llegado a la misma conclusión. Aristóteles, Tomás de Aquino, Spinoza, Kant, partieron todos ellos buscando el conocimiento y terminaron invariablemente en la Moral. La Ética, dice Aristóteles, está por encima de todo, porque ella se refiere al Bien, que es la suma de todo lo bueno. A idéntica conclusión se llega no sólo leyendo a los grandes pensadores, sino también a través de la experiencia que nos dan la vida familiar, la vida social, y el ejercicio de nuestro trabajo. Siempre en última instancia, nos preguntamos qué nos impulsa en nuestros actos y la respuesta es siempre moral. El mandato bíblico, el amor cristiano, el imperativo categórico, el patriotismo, son las respuestas de nuestra cultura.

Es así como llegué a la trilogía ética - lógica - técnica como guía de mi proyecto de vida y de allí nace mi natural deseo de que este conjunto de valores sirva de orientación a un proyecto de sociedad para mi país.

Hay, además de los que aquí he mencionado, otra serie de valores tan importantes como ellos, cuales son los valores religiosos, los metafísicos, los estéticos. La diferencia está en que estos últimos forman parte exclusiva de la conciencia de cada ciudadano, y no es posible aspirar a un modelo de sociedad en que dichos valores se impongan. En cambio, es posible imaginar -- y, a mi juicio, es absolutamente necesario -- un consenso ciudadano para

aplicar la Etica, la Lógica y la Técnica a la conducta colectiva. No podemos eludir la vigencia de estos tres principios si queremos tener éxito en un proyecto de sociedad.; lo que sea inmoral, absurdo o ineficiente será un escollo insalvable en el desarrollo de dicho programa,

Hay quienes son partidarios de dejar a un lado los valores de la Etica, aduciendo que ellos son relativos. Creo, por el contrario, que todos tenemos una noción mucho más clara del error moral que cometemos en alguna ocasión que de los errores científicos o técnicos en que podamos haber incurrido. La conciencia es mucho más exigente que la razón.

Creo que un hombre a quien la sociedad otorga un reconocimiento como el que hoy recibo, tiene la obligación de retribuir esta distinción entregando con entera franqueza el resumen de su experiencia. La síntesis de ella se expresa en la necesidad de organizar nuestra vida colectiva al alero de estos tres valores. Ello es menos fácil de lo que parece. La ética de nuestra cultura tiene una raíz judeo-cristiana; es decir, está basada en el Antiguo Testamento y en el Evangelio de Cristo. Ya el solo Decálogo, que aparece en uno de los primeros libros de la Biblia, el Exodo, es altamente exigente. Los tres primeros mandamientos tienen carácter religioso; en este sentido sólo obligan a los creyentes, aún cuando, en su conjunto, representan la prioridad que en nuestra cultura damos a lo trascendente. Los otros siete mandamientos incluyen, con una precisión admirable, las normas básicas de un consenso ciudadano: el cuarto, reconoce a la familia como una institución fundamental; el quinto, se refiere a los derechos humanos; el sexto y el décimo, a la institución del matrimonio y a la moral sexual; el séptimo y el noveno, al derecho de propiedad; el octavo, al sentido ético de la verdad. Causa admiración cómo este sabio conjunto de normas puede abarcar todo el campo de la moral. A estas normas hay que agregar el mensaje del Nuevo Testamento que a las prohibiciones del Decálogo agrega el elemento positivo del altruismo cristiano. No es tarea fácil para el ser humano cumplir con ambos códigos morales, pero ellos deberían constituir un modelo, un paradigma para nuestra conducta.

No menos exigente es la tarea de cumplir, en nuestros raciocinios y resoluciones, con los mandatos de la lógica. Las tentaciones de los sofismas, las falacias, los maniqueísmos, y las diversas formas equívocas de la dialéctica, que nos seducen frecuentemente con su ingenio, debemos resistirlas y superarlas. Los riesgos que nosotros queramos correr con estas aventuras intelectuales no deben afectar a nuestro prójimo.

También la técnica es cada día más exigente. La necesidad de competir con otros pueblos laboriosos, astutos y esmerados, nos llevará a perfeccionar al máximo nuestros procedimientos en la producción de bienes o servicios. Desconocer, por desidia o por ignorancia las exigencias de la tecnología, en el nivel que ha alcanzado a fines del siglo XX, puede significar, en definitiva, el desconocimiento de los derechos de nuestro prójimo.

No es un camino de rosas el que se recorre cuando uno se somete voluntariamente a la tuición de estos tres valores, y no lo será para nuestro país si emprende una senda semejante. Pero, así como al final de la jornada el ciudadano que habla recibe la inmensa satisfacción que representa el reconocimiento de sus pares, un Chile que siga este consejo y que se convierta en un país ético, lógico y técnico, tendrá el reconocimiento universal, y habrá entrado con pié resuelto en la senda de un futuro próspero, sólido y digno.

Al expresar mi más sincera gratitud a quienes me honran con esta distinción, debo también detenerme a agradecer a quienes hicieron posible la tarea que ahora se premia. A las autoridades que creyeron en mi lealtad, a mis representados en los organismos que me correspondió dirigir, a mis innumerables y generosos amigos, a aquellos que bajo mi dirección derrocharon laboriosidad y talento, a todos ellos vaya mi gratitud. Vaya también a mi familia, a mis padres, que supieron atemperar el rigor de los principios con la simpatía y el cariño, a mis hermanos y a mis hijos, siempre tolerantes y afectuosos, y, por sobre todo, a la admirable mujer que durante cuarenta y seis años ha compartido conmigo trabajos, angustias y alegrías.

La distinción que se me otorga me llena de alegría y gratitud. Mas ella, con todo el valor que encierra, no es el mayor premio que he recibido en este país. El premio máximo, el galardón insuperable, es el privilegio de ser ciudadano de Chile, de poder entregar nuestro esfuerzo a esta tierra tan hermosa, a esta comunidad tan llena de tradición y de encanto, a esta nación preñada de futuro, cuya riqueza inmensa es la calidad incomparable de su noble gente.

Muchas gracias.

